



cofrades de cantar Misereres de desagravio en ciertos puntos negros de la procesión Camino del Calvario; pero no basta con pedir el Perdón, hace falta propósito de enmienda. Mucho le han dado las Turbas a Cuenca – mucho más que le han quitado- y parece llegada la hora de que Cuenca revierta en las Turbas alguno de sus esfuerzos. Cuenca, a través de sus instituciones civiles, eclesiásticas y semanaseras, debería promover de una vez por todas la creación de una Escuela de Turbos, como las que existen en otros lugares.

Sólo para aprender a tocar el tambor o el clarín – aunque a algunos no les vendría nada mal- no hacen falta tantas alforjas, claro está. Desde nuestra Escuela de Tambores y Clarines podrían promoverse, a su vez y además de las actividades propias de una Escuela de este tipo previas a la Semana Santa, diversas activida-

des educativas a lo largo de todo el año: conferencias, exposiciones, foros de debate, publicaciones para todas las edades, encuentros con otras Turbas más civilizadas... Sus profesores, entre los que deberían estar nuestros turbos más antiguos y carismáticos, redoblarían sus esfuerzos por explicar una y mil veces en los medios de comunicación cuáles son las formas correctas de proceder en la procesión (y fuera de ella) y cuáles no. Como quiera que nunca es tarde para aprender, no estaría de más que muchos mayores acudiéramos para saber de la historia de nuestra Semana Santa (y la de Cuenca), o de los pormenores de nuestras tallas y nuestros magníficos escultores, o de las bellísimas tradiciones y costumbres nazarenas que en el mundo hay.

En la financiación del asunto no deberían implicarse sólo las Instituciones y las propias Turbas sino también quienes tan pingües beneficios han obtenido directa o indirectamente de ellas (bancos, bares, establecimientos hoteleros y hosteleros, comercios varios...). Dada la importancia del sector terciario en nuestra ciudad, podrían obtenerse ingresos suficientes no sólo para mejorar las Turbas sino también para mayor realce de nuestra Semana Santa en general. Con una buena campaña dirigida en este sentido, creemos que serían muchos los que apoyarían esta iniciativa –unos por convencimiento, otros por cuidar la gallina de los huevos de oro, otros aunque sólo fuese por vergüenza torera-; por si acaso, unos oportunos distintivos creados al efecto aclararían a la ciudadanía (para poder consumir en consecuencia) quiénes de nuestros empresarios están por la labor de generar riqueza cultural además de económica y quiénes tan sólo para lucrarse.

Se nos agolpan en la cabeza un sinfín de cosas que se podrían hacer, pero pararemos aquí ya que entre nuestras aficiones no se encuentra la de ejercer como iluminados salvaturbas: convóquese un concurso de ideas, ahora que están tan de moda, y elijanse las mejores de entre las viables. Insistimos, eso sí, en nuestra sugerencia: sólo un plan educativo riguroso y continuado puede dar resultados que merezcan la pena, porque la bonhomía y el saber estar no pueden simplemente venderse o comprarse por cuotas, ni llevarse cosidas al brazo ni en cualquier otro sitio que no sea el alma. Claro que podemos optar por considerar esto de la educación y la cultura como una utopía, cuando no una entelequia, pero entonces preparémonos para seguir aguantando –en el mejor de los casos- los lastres de la ignorancia y la estulticia, eternas discusiones bizantinas, invectivas recíprocas y duelos a medianoche.



Y que cada tulipa aguante su vela. Decían los antiguos –y Churchill lo repetiría- que cada pueblo tiene el gobierno que se merece. Acatamos la sentencia como sabia, pero opinamos que la recíproca no es menos cierta. Nuestras autoridades deben implicarse sin ambages y proceder con firmeza contra los vándalos y las alimañas (íbamos a poner las bestias pero estas suelen ser nobles); por supuesto, siempre con la ley en la mano y nunca de forma indiscriminada. Hay que tener en cuenta que el proceso de regeneración al que aludimos, si se decide emprenderlo, será por fuerza y naturaleza largo, y que en el ínterin la barbarie y el salvajismo pueden dar al traste con una tradición de siglos. No faltará quien piense que hasta sea eso precisamente lo que se merecen las Turbas actuales, pero ¡cuán injusto sería no impedirlo para con las generaciones venideras!

Recibimos de nuestros mayores una tradición desconcertante en su rareza, hermosa si se comprende su verdadero sentido, en absoluto enloquecida. Nuestra indignación particular no proviene de un remilgado moralismo, padre de todos los pecados... de los demás, sino de la alarma que nos produce el que podamos transmitir, en lugar de la tradición recibida, algo profundamente desapacible: un rito disparatado, desquiciado hasta el arrebato brutal, la agresión abominable. Decía no hace mucho un tal Kazantzakis, observador culto y atento, que «la religión del español no es abstracta, no es un dogma incruento, ni un distante contacto